



MISCELÁNEA POLIANA

Revista de prepublicaciones del

Instituto de Estudios Filosóficos

LEONARDO POLO

SERIE DE FILOSOFÍA, nº 4 (2005)

DIOS EN LA HISTORIA: LA PROVIDENCIA

Intervención de D. Leonardo Polo en las XXXI Reuniones filosóficas de la universidad de Navarra, Pamplona 26.IV.1995. Su texto se distribuyó entre los asistentes.

Expondré mi comunicación para estas Reuniones filosóficas formulando cuatro tesis, que justificaré brevemente. El poco tiempo de que dispongo no permite otra cosa.

Primera tesis. La historia humana no es susceptible de culminación en virtud de sí misma. Puede proseguir indefinidamente, o terminar por influencia de un factor o agente exterior. Ese final sería, obviamente, catastrófico, pues se limitaría a extinguir la historia.

Demostración. La culminación de la historia no puede entenderse más que como el logro perfecto de la relación dialógica entre las personas humanas. Pero esto es imposible según el proceso histórico, el cual desde sí no es unificable del modo descrito, por las siguientes razones. En primer lugar, porque la multitud humana no posee un principio unificador capaz de lograr la plenitud de la dialogicidad personal. Ese principio unificador habría de ser entendido como autoridad, porque una multiplicidad no se conjunta sin un principio unificante, que en la sociedad humana es precisamente una autoridad. Ninguna autoridad humana puede promover el diálogo de todos los hombres: habría de ejercer una influencia intrínseca en la capacidad intelectual y en la amorosa de cada persona, por las que se establecen las relaciones dialógicas. El espíritu humano está cerrado a toda moción intrínseca que no sea la de su Creador. Por tanto, ninguna autoridad política humana, providente y ejecutora de lo que planifica, puede garantizar esa plenitud dialógica. La autoridad humana puede establecer cierta organización –más o menos precaria, por otra parte–, pero siempre en un plano inferior al orden de la dialogicidad humana.

Una segunda razón es que el hombre es mortal. Por eso es imposible la organización global de la dialogicidad de todos los hombres. La autoridad humana sólo puede organizar los hombre que conviven, no a los muertos ni a los que están por nacer.

Una tercera razón se puede obtener al considerar las propuestas de culminación intrínseca de la historia, entre las que sobresale la de las Lecciones de filosofía de la historia de Hegel. La propuesta hegeliana está construida a partir de dos supuestos. En primer lugar, la interpretación de la historia como proceso dialéctico. En segundo lugar, siendo este proceso la racionalidad más alta, es divino: la historia es el despliegue de la razón divina, y constituye, como se dice en el prólogo de dicha obra, una Teodicea: una justificación de Dios (idea que ya está en los comentarios de Lutero a la Epístola a los filipenses). Pero como no se puede eliminar el mal de la historia, el mal es determinado por Hegel como lo negativo. Por eso, como dice Nietzsche, la gran audacia especulativa del idealismo alemán es poner el mal en Dios: como el mal está en la historia, y la razón de la historia es divina, el mal está en Dios.

El segundo supuesto es la noción de astucia de la razón. La astucia de la razón significa que como los seres humanos no son enteramente racionales, la razón histórica tiene que sacar partido de esa insuficiencia de los individuos racionalizando lo que por parte de ellos es irracional. Esto comporta que dicha racionalidad de ninguna manera es la dialogicidad, sino que se prescinde del hombre en tanto que persona. El espíritu avanza hacia la eternidad dejando atrás a los hombres que han muerto, y que son abandonados por ese movimiento del Espíritu (cuidar de los muertos es tarea de la familia no del Estado, dice Hegel en la Filosofía del derecho). Por otra parte, la culminación no es dialógica, puesto que es expresada por Hegel en términos de identidad sujeto-objeto, la cual evidentemente no es interpersonal: lo dialéctico no es lo dialógico, está por debajo de ello. La culminación de la historia que Hegel propone es inferior a lo que ha de ser la plenitud tal como la he formulado al comienzo de la demostración. Este es un inconveniente inevitable si se sostiene que la racionalidad del proceso histórico es intrínseca al proceso mismo. Se trata, en último término, de una razón necesaria, en la que la libertad es entendida como conocimiento de la necesidad. La razón dialéctica es necesaria; pero la razón histórica no puede serlo si la culminación es dialógica, puesto que sin libertad no tiene sentido la plenitud del orden dialógico (el modelo marxista tampoco es dialógico: tiene todos los inconvenientes del de Hegel agravados, porque una sociedad sin clases en el fondo es una sociedad de individuos aislados por su propia autosuficiencia).

Segunda tesis. De darse, la culminación de la historia ha de ser estrictamente post-histórica. Si no se admiten libertades personales post mortem, no cabe hablar de orden dialógico pleno entre ellas. Si la vida personal no se mantiene después de la muerte, no sería posible el encuentro de todos los seres humanos. El dilema es claro. La historia se muestra incapaz de la culminación que le corresponde según su propia índole, porque se caracteriza por la sucesión de generaciones de personas. No se pueden reunir todos los hombres en el tiempo, sino sólo si coexisten más allá de él (por eso fracasa la dialéctica, la idea de una racionalidad absoluta de la historia no garantiza la coexistencia de todos los seres humanos).

Tercera tesis. Si, como se desprende de las tesis anteriores, la historia es de suyo incapaz de culminar en aquello que la justifica –la plenitud dialógica de todos los hombres–, la prosecución de la historia es absurda, carece de sentido, porque lo incapaz de culminar no tiene por qué existir: su comenzar y su proseguir no tienen razón de ser si pueden extinguirse sin que nada de ello permanezca. Esa

prosecución sería incluso inferior a la sucesión del huevo y la gallina, puesto que esta serie existe en función de la especie, que es lo perfecto para los individuos.

En cambio, como se ha dicho, la plenitud de la historia constituye un orden completo, que sólo puede ser abarcado por la unidad que está por encima de todo orden. Esta es la noción de autoridad o gobierno divinos. Respecto de la historia esa unidad funciona como autoridad suprema de un doble modo: por una parte, es una asistencia intrínseca o conservación del ser creado, y por otra, es también extrínseca, por lo mismo que es eterna, porque lo eterno se encuentra fuera de la historia. O lo eterno es la culminación de la historia misma, como dice Hegel (pero así no se salva la historia), o está por encima de ella (y sólo así la historia culmina como dialogicidad). Para que se conserve, la historia ha de culminar. Hace falta por tanto el providere de esa culminación y una intervención de Dios en la historia, que es el carácter ejecutivo de lo provisto: el gobierno divino. Y eso es lo que se llama providencia. En la historia la providencia es su conservación por Dios. Dios ve eternamente la dialogicidad como culminación de la historia. Sin ello la historia no existiría. Y precisamente con vistas a esa culminación, Dios conserva la historia. La conservación de la historia es una dimensión suya, que se distingue de la creación sólo con distinción de razón, pues sin la conservación, lo creado redigeret ad nihilum. En el caso de la historia, la exigencia de dicha conservación es sumamente acuciante por la indicada contradicción intrínseca a su prosecución, a saber, la imposibilidad de culminar de suyo. Por eso, en la providencia sobre la historia resplandece máximamente el amor misericordioso de Dios.

Por otra parte, la culminación de la historia no es comprensible al margen de la culminación de la totalidad de lo creado. No sólo culmina la historia humana, sino que ella entra en relación con la criatura superior al hombre y conduce junto a sí la culminación del cosmos material más allá de lo que a éste le corresponde en virtud de su esencia. Con todo, la relación de la culminación de la historia humana con la de la criatura angélica es más estrecha, porque ésta también es dialógica.

La culminación del cosmos no es dialógica, sino la unidad de orden. Al culminar junto al hombre se trasciende la unidad de orden: son los nuevos cielos y la nueva tierra de que se habla en el Apocalipsis. En cualquier caso, el hombre no puede culminar sin arrastrar consigo al cosmos. Porque Dios conserva el universo, llamo a su ser creado persistir. La persistencia es la ratificación de la creación: comienzo que ni cesa ni es seguido. Su orden esencial es la causa final, que es la unidad de orden. Pero, repito, si se considera el universo como asociado al hombre de acuerdo con la dimensión corporal de éste, la resurrección de la carne comporta una culminación del universo material superior a la que tendría si el hombre no hubiera sido creado.

Pero, además, la dialogicidad del hombre se incluye en la dialogicidad angélica. Por eso, Tomás de Aquino dice que, en su culminación, los hombres serán ángeles (I, q. 108, a. 8, sobre si los hombres serán elevados a los órdenes de los ángeles). La posibilidad de esa elevación estriba en que a los ángeles se les dieron los dones gratuitos en proporción con sus dones naturales, lo cual no es así en los hombres (q. 108, a. 4 c).

Tomás de Aquino propone un modelo de la culminación dialógica de las criaturas espirituales superiores al hombre, que son las angélicas. En la Primera parte de la Suma Teológica, cuestión 106, artículo 1, habla de la iluminación de un ángel por otro. Iluminar no es sino dar al otro la manifestación de una verdad conocida. Un ángel ilumina a otro de dos maneras. En primer lugar, fortaleciendo su virtud intelectual. En segundo lugar, también manifiesta a otro una verdad más

unitaria, que excede la capacidad intelectual del ángel inferior, y para ello divide esta verdad, acomodándose a la capacidad del ángel inferior, como los maestros, que hacen muchas distinciones para enseñar a sus discípulos lo que ellos entienden más sinópticamente. Además, el ángel también puede inclinar la voluntad de otro inferior, en cuanto que le manifiesta algunos bienes que se ordenan a la bondad de Dios, mediante lo cual puede despertar en él amor a lo creado o a Dios per modum suadentis.

A mi modo de ver, este modelo es válido, pero ha de ampliarse a la consideración de la persona angélica, ya que se habla de inteligencia y de voluntad, pero no de su radicalidad, que es la persona. Y donde está la renovación de los dones gratuitos es en esa radicalidad (el ser de la persona es coexistencial, lo cual hace que el hablar de intimidades no haya que entenderlo en un sentido no perfectivo o incluso peyorativo, como hace S. Tomás al explicar la noticia que recibe el ángel superior del inferior, o cuando habla del lenguaje de los demonios. La persona como coexistencia es una intimidad abierta y a la vez una novedad radical aportada, lo cual no es tenido en cuenta en el modelo que acabo de exponer).

Cuarta tesis. La intervención de Dios en la historia por la cual la orienta hacia su culminación es plena en la Encarnación del Verbo, desde la cual se inaugura la plenitud de los tiempos.

La acción redentora de Cristo es aquella novedad según la cual el mal y el sufrimiento humano son redimidos: el pecado es vencido, borrado, y el sufrimiento dotado de sentido.

Como decía en la primera tesis, la historia humana no es susceptible de culminación en sí misma. Ese sin sentido de la historia se concreta en el sufrimiento, que es justamente aquella ausencia de sentido abierta ante el ser humano: lo oscuro que aparece ante y en la apertura que la persona es; un vacío ante el que la capacidad dialógica humana no encuentra ninguna palabra. Es intransitable para la persona dotándolo de sentido: es el enigma por antonomasia. El camino recorrido por Cristo ha dotado de sentido al dolor humano. Este es el misterio de la Cruz, que culmina en la gloria gozosa de la Resurrección. La Cruz es la única palabra que dota de sentido al dolor. El mal no está en Dios, como dice Hegel; pero al recorrer el camino de la Cruz, Cristo dota de sentido al dolor, que es la manera como el pecado es experimentado por el hombre: la ausencia de bien, vivida, es el dolor.